

trara con ella de nuevo y por necesidad. Porque es harto sabido de todos que, nacido el Príncipe D. Felipe en el año susodicho de 1527, á 22 del mes de Mayo en la noble villa de Valladolid, entonces Corte de España, y habiéndole bautizado con grande solemnidad y pompa el Arzobispo de Toledo, D. Alonso de Fonseca, la población entera, con singular alegría, se entregó á públicos y extraordinarios regocijos <sup>1</sup>. Los cuales eran muestra espontánea del amor y reverencia con que en aquellos tiempos, más que en éstos, se miraba al rey como ungido del Señor, y á la autoridad como cosa bajada del Cielo. Pues bien; aquella natural explosión de gozo y entusiasmo nacido en las gentes vallisoletanas celebrando el nacimiento de D. Felipe, tornóse de repente en silencio y amargura. Cuando resonaba con eco más alto por calles y plazas el redoblar de los tambores y el acordado acento de bandas musicales, llegó á los imperiales oídos la nueva dolorosa y tristísima del consabido saqueo de la ciudad de Roma. Y en el mismo punto, muy afligido el cristiano Emperador, ordenó resueltamente que cesasen las fiestas y públicas diversiones en toda la ciudad.

El P. Fr. Fernando de Camargo y Salgado, escritor también vecino de aquellos tiempos, formal y sincero, de la Orden de San Agustín, refiere este suceso con los términos siguientes: «Bautizóle D. Alonso de Fonseca, Arzobispo de Toledo; hiciéronse grandes fiestas, como era razón, por nacimiento de un Príncipe tan favorable á estos reinos y á la cristiandad. Mandó el Emperador que cesasen las fiestas por una mala nueva que tuvo; que Carlos de Borbón con parte del ejército imperial fué á Roma y la saqueó; cosa que el Emperador sintió mucho y dió satisfacción de no haber sido con su voluntad ni sabiduría, si bien las naciones extranjeras creyeron lo contra-

<sup>1</sup> D. Alfonso (III) de Fonseca gobernó la Silla Primada de España desde el año 1524 hasta el día 4 de Febrero de 1534. Fué varón insigne en el regir y en piedad. Había sido anteriormente Arzobispo de Santiago, donde dejó fundado el memorable Colegio Mayor, en que se hallan sus restos mortales. La Santa Iglesia de Toledo le debe obras y regalos de mucho valor y primor, y entre ellas la Capilla de Reyes Nuevos, como actualmente se ofrece á la vista.

rio» <sup>1</sup>. Hasta aquí las palabras del P. Salgado, las cuales declaran y aseguran la inocencia del Emperador, por más que se empeñen políticos extranjeros, poco amigos del famoso vencedor de Pavía, en propalar todo lo contrario. Fácil cosa sería añadir aún las autoridades del celebrado agiógrafo alemán Surrio (1522-1578), de nuestro Prudencio de Sandoval, incansable cronista vallisoletano (1560-1621), del conocidísimo cronista de Felipe II, D. Luis Cabrera de Córdoba, y de no pocos escritores de la mejor época de nuestras letras y armas; pero quédense en silencio para no extraviar la pluma del principal intento y camino <sup>2</sup>.

## II.

### NIÑEZ Y FIGURA DEL PRÍNCIPE.

Los cuidados naturales, ó instintivos de la Emperatriz Isabel, madre y señora del Príncipe Felipe, imprimieron en su corazón, tierno é inocente, los sentimientos más puros de amor al Cielo y de respeto á los hombres. La esposa de Carlos V era mujer de Dios en el pensar y en el sentir. En el cuerpo y en el alma, hermosa y bella como muy pocas. El Príncipe, su primogénito, ofrecióse desde los primeros años imagen perfectísima de tan grande señora y buena madre. Vociferen cuanto gusten hombres mundanos y apasionados: el Príncipe D. Felipe aparece retratado en la verdadera historia niño de cualidades admirables, no solamente en el corazón y entendimiento, sinó tam-

<sup>1</sup> *Cronología Sacra y Epítome historial*, por el P. Fr. Fernando de Camargo y Salgado, el año 1527, folio 296. Madrid, 1642, por Francisco Martínez Acosta.

<sup>2</sup> En la oración fúnebre pronunciada en la muerte de Carlos V por J. Antonio Viperano, Perusa, 1570, se dice que, al saber el Emperador el saqueo de Roma, tuvo incomprendible dolor (*incredibilem dolorem accepit*); que suspendió las fiestas de la Corte por el natalicio de su hijo, y que mandó al punto dar libertad al Padre Santo y sacar las tropas de la ciudad, aunque esto al pronto no se pudo hacer por resistencia del ejército. Folio 8.

bien hermoso y lleno de gracia en la parte corporal. Si alguno dijere que afirmaciones tales son pura poesía nacida de exagerado amor al Rey Prudente, tome en las manos el libro y obra clásica ya citada de Salazar de Mendoza; abra por el título VI y podrá contemplar el retrato siguiente muy exacto y trazado por mano diestra é imparcial. Hélo aquí: «Fué el Rey (D. Felipe) de mediana estatura y disposición bien sacada, airoso y derecho, de miembros bien proporcionados y repartidos; de buena gracia y donaire, *de manera que la vista se recreaba en mirarle; convidaba á quererle, amarle y respetarle.* El cuerpo bien organizado y compuesto. De muy hermoso rostro, grave, sereno y agradable. Blanco y colorado, la barba y cabello rubio. Los ojos claros, rasgados, grandes y alegres; la frente ancha y llana; la nariz bien formada y asentada. El labio superior menor que el bajo, como ha muchos años que le tienen los de la casa de Austria»<sup>1</sup>.

Hé ahí, pues, la figura ó imagen física del Príncipe D. Felipe sacada como del mismo original por nuestro Salazar de Mendoza; la cual es sin duda harto diferente y opuesta á la que suelen ofrecer los escritores y vendedores de comedias alemanas, italianas, españolas y francesas. El Príncipe D. Felipe, repito, no fué monstruoso, taciturno y repugnante, sinó esbelto, airoso y muy simpático, imitando y llevando en su cuerpo y ánimo la viva imagen y hermosura de la Emperatriz su madre. Y todo esto en tal medida y exactitud, que obligó al Duque de Nájera, D. Antonio, á repetir esta frase: «Que la Emperatriz, madre de nuestro Príncipe, no paría hombres, sinó ángeles. Quien quiera que le viese sin conocerle juzgaba muy

<sup>1</sup> El Dr. Salazar de Mendoza: *Monarquía de España*, en el título VI del libro 5.º Harto desmentido queda el poético y libre pensamiento de Quintana con los retratos que de D. Felipe nos dejaron los historiadores antiguos de vista y contemporáneos suyos y bien claro responden á sus versos de sectario:

«La aleve hipocresía  
En sed de sangre y de dominio ardiendo,  
En sus ojos de víbora lucía;  
El rostro enjuto y miserables facciones,  
De su carácter vil eran señales...»

bien quién era entre muchos»<sup>1</sup>. También deshace y destruye de todo punto las descripciones y retratos que de D. Felipe presentan sus enemigos, aquella figura trazada con tanta verdad y perfección por la pluma elegante y bien cortada del celebrado Luis Cabrera de Córdoba, muerto en 1623, y testigo ocular de las cualidades físicas y morales de D. Felipe. Con efecto: en la primera parte de la *Historia y vida de Felipe II*, dibuja con tanta sencillez como imparcialidad la figura corporal del Príncipe, diciendo así:

«Tenía la frente señorial, clara, espaciosa; los ojos grandes, despiertos, garzos, con mirar tan grave, que ponía reverencia el mirarlos y le agradaba. La hermosura, digna de imperio; era de gran ornamento en la forma del cuerpo, conveniente á su dignidad, con partes con cierta gracia y perfección entre sí, y con el ánimo tan correspondientes, que de los rústicos que ni le conocieron, ni vieron en compañía ó sólo, en una selva, juzgándole digno de toda veneración, era saludado con reverencia»<sup>2</sup>. Compare ahora el lector estos dibujos ciertos y reales que ofrecen los autores contemporáneos, concedores del retrato original del Príncipe, con las figuras repugnantísimas en que le representa la pravedad cómico-herética. y verá cómo aquellas surgen y nacen de la misma verdad, y cómo éstas son parto de mentes no rectas, ó enloquecidas. Pudiéranse multiplicar y añadir sobre este punto las autoridades de otros muchos escritores de la antigüedad; pero baste traer á la vista el testimonio de autores no ya españoles, sino extraños, poco aficionados por punto general á juzgar derechamente las cosas de España y á poner en su punto las cualidades de nuestros monarcas, si el poder de la verdad no les guía la pluma»<sup>3</sup>.

El celebrado embajador Miguel Soriano, que estudió también muy de cerca la figura del Príncipe D. Felipe, no le pinta

<sup>1</sup> *Monarquía de España*, libro 5.º título VI.

<sup>2</sup> *D. Felipe II. Rey de España*, lib. 1, cap. 1, Madrid, 1876.

<sup>3</sup> El Angel de la pureza S. Luis Gonzaga en aquel su discurso dirigido al Monarca Prudente y publicado por el P. Virgilio Cepari, Roma, 1862, le llama Príncipe de cualidades de naturaleza y de fortuna egregias. «Egregias naturæ fortunæque dotes...» *ibid.*

horrible y antipático, sino de mucha gracia y hermosura natural. En el texto italiano de las *Relaciones* de este autor, que se pueden consultar en la rica biblioteca del Cabildo de Toledo, donde se conservan copiadas, se enaltecen primero las cualidades morales de D. Felipe, y se describen después las físicas con las siguientes palabras: «Aunque sea de no muy levantada estatura, es, sin embargo, tan bien formado y las partes todas de su cuerpo tan proporcionadas, correspondientes al todo, vistiéndolo con tanta elegancia y tanto juicio, *que no se puede ver ni dar cosa humana más perfecta* »<sup>1</sup>. Hasta aquí el texto fiel del celebrado diplomático poco entusiasta de la Corte y grandezas españolas; pero que, sin embargo, en este punto da testimonio de la verdad, presentando al Príncipe D. Felipe no tétrico, repugnante y macilento, sino con forma de mucha hermosura y donaire. Y todo esto, como es claro, se entiende sobre la figura físico-natural de D. Felipe, que es, como si dijéramos, la parte sensible y baja; porque las cualidades superiores ó del alma, como después se verá, aventajan en mucho á las del cuerpo deleznable y de barro.

Debo añadir aún en este lugar, como entre las riquezas literarias de la susodicha biblioteca de Toledo existe otro libro manuscrito, italiano también, harto curioso y no poco interesante para la historia de España. Hé aquí la versión castellana del título que lleva al frente: *Relación curiosísima de la corte de España hecha en el año 1572 por un cortesano de Tiepolo, embajador de la República de Venecia cerca de Felipe de Austria, Rey*

<sup>1</sup> «Et bene che sia picciolo di persona, pero é cosi ben fatto et con ogni parte del corpo cosi ben proportionato et corrispondente al tutto, et vesti con tanta politezza et con tanto giuditio, che non si puo vedere alcuna cosa piu perfetta.» Relationi dal chiarissimo M. Michele Soriano ambasciatore ritornato da Filippo Re di Spagna. Este manuscrito antiguo de la biblioteca del Cabildo Primado formó parte de la librería del Cardenal Zelada, y se cree traído á la imperial ciudad por el Cardenal Lorenzana, de buena memoria. La primera parte de este interesante volumen manuscrito es la relación de Bernardo Navajero, siendo embajador de Venecia en la corte de Carlos V. Está terminado con fecha 1546.

*de España* <sup>1</sup>. Pues bien; en este curioso documento se retrata al Rey D. Felipe tal como fué y no como nos le ofrecen y quieren vender sus apasionados enemigos. Véase, pues, cómo el italiano manuscrito desmiente en este punto á los detractores de la verdad histórica. «Su Majestad, dice, es de estatura mediana; de miembros robustos y perfectamente proporcionados; de pelo rubio y barba con suficiente soltura... El labio de abajo supera al de arriba, como acontece á toda la familia de la casa de Austria, pero sin dar fealdad al rostro»<sup>2</sup>. Tampoco este pasaje, copiado de la relación italiana hecha en Madrid para ser presentada probablemente al Senado y República de Venecia, permite calificar al Prudente Rey de monstruoso, horrible, antipático y repugnante.

Ni son éstos solamente los autores italianos y españoles que tal declaran; muchos más de entrambas naciones hablan en el mismo sentido, y ésto sin mencionar los escritores de otros países por causa de brevedad. En este punto no sólo se presentan acordes los historiadores nacionales y extraños, contemporáneos del gran Felipe, sino que hoy mismo se dan autores, y por añadidura protestantes, que sinceramente confiesan la misma verdad. Pueden ser citados como prueba los trabajos de Prescott hechos sobre el reinado de D. Felipe II, donde se lee que el Príncipe D. Felipe, elegante y esbelto, no permanecía pasivo y mero espectador en los saraos y reuniones honestas de los reales alcázares, sino que era amigo de tomar participación activa en cada uno de ellos. No desempeñaba papel ridículo en los regios salones y tertulias; sino al contrario, brillaba

<sup>1</sup> Relatione curiosissima della corte di Spagna fatta l'anno 1572 da un cortigiano del Tieppolo ambasciatore della República de Venetia apresso Filippo d'Austria Re di Spagna. No es menester citar el número con que estos manuscritos se ofrecen señalados en la biblioteca Primada; porque están sus catálogos tan bien hechos que no hay sino buscarlos por sus títulos, ó nombres, y al instante parecen.

<sup>2</sup> «Sua maestá é di statura mediocre, di membri proportionatissimi e robusti piu tosto che delicati, di pelo biondo con barba assai solta... Il labro di soto abanza quello di sopra al quanto come suole essere in tutta la casa d'Austria, ma non causa brutezza nella faccia.» Relación curiosa de 1572 por el cortesano de Tiepolo.

excelentemente, haciéndose simpático y notable en ellos por su figura delicada, airosa y noble <sup>1</sup>. Y añade este autor inglés y disidente, que en tal grado resaltaba la alteza de la figura, dignidad y maneras finísimas del Príncipe D. Felipe, que se ganaba y llevaba tras sí el favor y simpatías hasta de las damas y gente extraña que no le conocían, ni trataban de cerca. De suerte que se ve claro por autoridades graves, antiguas y modernas, españolas y extranjeras, que la figura de D. Felipe era esbelta, hermosa, elegante y digna de las miradas, simpatías y corazones de sus vasallos, de fuera y dentro de España.

### III.

#### MAESTROS DEL PRÍNCIPE.

No cabe ya dudar sobre esto: que de los maestros y directores del Rey Prudente, el Arzobispo de Toledo D. Juan Martínez Siliceo se lleva la palma como primero y principal entre todos ellos; ya por el saber y ya por sus virtudes. Precisamente en el mes de Mayo de 1880 salió á luz en *La Ilustración Católica* de Madrid el retrato y biografía de aquel varón insigne por su dignidad y sabiduría. Acuda, pues, allí quien desee noticias y pormenores del Prelado extremeño, honra de la Universidad de París, teólogo de mucha fama en Alcalá y catedrático en Salamanca, maestro de D. Felipe II, Obispo de Cartagena, y por fin Cardenal Arzobispo de Toledo, á cuya altura le encumbró la Providencia divina desde la más humilde clase del pueblo. Para dicha y bien de la historia he hallado

<sup>1</sup> «Nor was he (el Rey) á passive spectator of these festivities: he was especially fond of dancing in which *his light and agile figure filled him to excel.*» Prescott: *History of the reing of Philips the Second...* Pág. 44, lib. 1.º, cap. II. London, 1855. ¿Quién no recuerda aquí el admirable y verdadero retrato del Príncipe, que, tomado del natural, dejó para gloria de España el pincel valiente y delicadísimo de Ticiano? Todo allí es elegancia española y severidad austriaca. Contéplase hoy en el Museo del Prado.

en el archivo del Colegio de Doncellas Nobles de la imperial ciudad, el nombramiento original del maestro de D. Felipe el Dr. D. Juan Martínez Siliceo. Hoy por vez primera, según creo, sale al público dominio en letras de molde tan curioso documento. Hélo ahí con la ortografía y el lenguaje en que se halla manuscrito:

«Nos el emperador de los rromanos, augusto rrey de ale-  
 »mania, la Reyna su madre y el mismo Rey su hijo, facemos  
 »saver á vos los nuestros mayordomo é contador mayores de  
 »la despensa é rrraciones de nuestra casa que nuestra merced é  
 »voluntad es de tomar y rrescibir por maestro del ilustrisimo  
 »príncipe D. Felipe nuestro muy caro é muy amado nieto é hijo  
 »para que le enseñe á leér i escrebir al maestro Juan Martinez  
 »de Silizeo <sup>1</sup>, é que aya é tenga de nos cient mill maravedis de  
 »quitación en cada un año porque vos mandamos que lo ponga-  
 »des é asentedes así en los nuestros libros é nominas que vos-  
 »otros teneys y le libreys los dichos maravedis este presente año  
 »lo que hubiere de aver por rrata desde el día de la fecha deste  
 »nuestro alvala fasta en el fin del, e donde en adelante en cada  
 »un año segund et quando et como libraredes á los otros ofi-  
 »ciales de nuestra casa las quitaciones que de nos tienen et  
 »asentad el traslado deste nuestro dicho alvala en los nuestros  
 »dichos libros et nominas que vosotros teneys, y este original  
 »sobre escrito e librado de vosotros tornad al dicho maestro  
 »Siliceo para que lo el tenga, por virtud del cual mandamoss  
 »que goze e se le guarden todas las honrras gracias mercedes  
 »franquezas libertades exsenciones preeminencias prerogativas

<sup>1</sup> El célebre humanista Cristóbal Coret, que tan admirablemente vertió en español el excelente libro de Luis Vives, intitulado los *Diálogos*, en la página 349 de la edición valenciana de 1749, apellida á Siliceo Juan Martínez de los Pedernales, y añade: «Este fué maestro del príncipe á quien Luis Vives dedicó esta obra: llamábase Juan Martín Pedernarles, ú, de los Pedernales. El pedernal en latín se llama Silex. icis; de ahí formó Vives Siliceus, a, um.» El mismo Luis Vives en el dedicar sus *Diálogos*, obra recomendabilísima, á nuestro Príncipe don Felipe II, enalteciendo como merece al célebre Dr. Pedernales, escribe esta frase: «Cuius salus (la de España), sita est in tua probitate (del rey) ac sapientia: sed haec á *Joanne Martino Siliceo* institutore tuo et copiosius audies et crebrius.»